

Recordar, compartir, aprender

## Santa Cruz de Tenerife

Francisco Amaro Reboso, 71 años

### LA OTRA EMIGRACIÓN

*Francisco Amaro es uno de esos canarios que un día decidieron probar fortuna al otro lado del Atlántico. Hoy, de vuelta a los orígenes, este hijo de herreños recuerda con algo de nostalgia una vida en la “octava isla” marcada por mucho trabajo sin excesiva recompensa, años en los que las artes marciales y la literatura también tenían su espacio.*

Aunque es uno más en el centro de mayores al que cada lunes y jueves acude a dar rienda suelta a su vena literaria, Francisco Amaro esconde en los intramuros de su persona una historia de sacrificio y de desdichas, de adaptación a las circunstancias y de lucha. “No es lo que uno quiere, sino como se presentan las cosas”, subraya quien durante 50 años luchó en Venezuela, como tantos otros de su época, contra todo tipo de adversidades.

De Amaro destaca -y no es por entrar en descripciones manidas- su juventud, pues a sus 71 años no parece que el medio siglo quede muy lejano para él. Se trata del prototipo de luchador canario que cruzó el charco, un hombre que lleva la impronta venezolana en su estética: piel curtida por el sol, camisa alejada de lo ordinario y gorra. Un trío inexorablemente unido a los que retornaban sin riqueza -la otra emigración-, esto es, los que buscaron solución a las penurias de mediados del siglo pasado pero que no obtuvieron grandes réditos económicos; antítesis del paisano que regresaba con trajes y prendas claras y estrafalarias como modo de simbolizar que vivió años prósperos en la tierra del libertador Simón Bolívar.

Sea como fuere, lo que siempre ha primado en la existencia de este hijo pródigo del archipiélago es el trabajo, que nunca fue del todo generoso con sus esfuerzos, y siempre se erigió en fuente de disgustos para él.

Ya desde el amanecer mismo de su juventud, cuando su familia se trasladó desde la isla de El Hierro a Tenerife, se vio abocado a entregarse por completo a un puesto de ayudante en una farmacia próxima a la capitalina iglesia de la Concepción. Apenas le pagaban 150 pesetas al mes, y dice que nunca olvidará que la dueña lo mandase todos los días a un pequeño quiosco a comprar un dulce y un café con leche para ella y otro para el encargado... A él nunca lo invitaron. “Antes aquí -apostilla- no había mucha humanidad con los muchachos”.

Las dificultades económicas llevaron a que Francisco Amaro se decidiera, con el impulso de la juventud y de ese toque de osadía de todos los que marcharon rumbo a Latinoamérica, a intentar encontrar una vida mejor allende los mares. Aunque vivió buenos y malos momentos, su vida en Venezuela fue una concatenación de trabajos que acababan con más pena que gloria. “Hice de todo”, asevera. Es así que, cuando se retrotrae a tiempos pretéritos, recuerda, entre otros, su ocupación como distribuidor de revistas y periódicos junto a un amigo. Si bien hizo bastantes clientes, aquello no acabó de cuajar, y emprendió una nueva aventura profesional vendiendo con un coche. Fue también agente de viajes, pero una mala época de la agencia, aparejada a unas ventas insuficientes, llevaron a que el dueño tuviera que prescindir de él; eso sí, Amaro guarda en su memoria la honradez de aquel empresario, quien tuvo la deferencia de ofrecerle -él no lo aceptó- dinero sin trabajar para que mantuviese a su familia. Asimismo, tuvo su propio gimnasio de kárate, pero un divorcio lo obligó a entregárselo a una ex esposa. También se dedicó a la veterinaria en una hacienda de 17.000 hectáreas y en una empresa.

Sin embargo, el oficio que dejó una huella más honda en el devenir de su vida fue como conductor en una casa. Allí unos gamberros lo mancharon de grasa y harina, y perdió su única ropa. Pero lo peor llegó cuando



la cantidad que le adeudaban sus jefes comenzó a crecer hasta situarse en 900 bolívares, y, cuando encontró una opción laboral mejor, lo acabaron echando sin entregarle ese dinero. Mientras tanto, su familia, a la que él le mandaba 50 bolívares mensuales, le decía por carta: “Francisco, nosotros comemos gracias a lo que tú nos mandas”.

Fueron años también difíciles por la delincuencia. Fue atracado al menos en dos ocasiones, y vivió otros tantos tiroteos. En un mismo sentido, la añoranza por su tierra siempre estuvo presente, lo que condicionó sus días en Venezuela. Tanto es así que explica: “cada vez que encontraba a paisanos allá me daba alegría hablar con ellos”, y añade que “la vida en Venezuela no fue fácil para ningún emigrante”.

En cualquier caso, no porque su vida fuese complicada no tuvo momentos de satisfacción. Estos aparecen gracias a sus cinco hijos y a la formación universitaria que fue capaz de darles a cuatro de ellos. “Siendo un trabajador les pagué sus carreras”, sentencia. Además, tuvo otras tres grandes pasiones: las artes marciales, la literatura y la política.

Este polifacético, en sus versiones de karateka y taekwondista, consiguió numerosos diplomas, afrontó con éxito peleas de altura, y llegó a ser árbitro y juez a nivel internacional. No menos llamativa es su afición por la literatura, que lo ha llevado a escribir más de mil poemas y dos mil textos en prosa, algunos de los cuales recita con perfecta memoria en mitad de su conversación. La política, por su parte, siempre lo atrajo; y hoy se vanagloria de haberle estrechado la mano a Carlos Andrés Pérez, uno de los “padres gobernadores de Venezuela”, como él denomina a los presidentes de aquel país. Además, reconoce sin titubeos que le dio un voto a Hugo Chávez porque lo escuchó decir que “no va a haber ningún niño de la calle; serán niños de la patria”. Sin duda, un llamamiento a la nobleza de un hombre que tuvo una vida trufada de infortunios, años de trabajo y días de añoranza por lo que dejó en Tenerife. Francisco Amaro, un fondista de la vida.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Francisco Amaro no duda en calificar la vida de “valor inexplicable. Es lo más hermoso”, a lo que añade que lo principal de vivir es “estar en la vida, pensar, caminar, estar vivos”.

Hoy, Amaro se siente “tranquilo y bien”, pues vive en la tierra que siempre amó, y tiene la compañía del menor de sus hijos, un pequeño futbolero que ha llevado a que su padre recorra toda la Isla en esa particular peregrinación de fin de semana de los equipos de fútbol base. “Me siento joven”, añade.

Eso sí, reconoce que le “gustaría haber tenido una vida mejor, más pacífica y menos turbulenta”, si bien las dificultades lo han llevado, según cuenta, a que su mayor enseñanza haya sido “haber aprendido a valorar la vida en su justa medida”, así como a reconocer que “pensar es el valor más grande”. Este luchador también se honra de, con el tiempo, haber llegado a amar a la que él considera su tierra, Canarias, a la que expresa su afecto a través de versos compuestos por él mismo: “Los pensamientos de mi tierra nadie los puede pensar /si no ha nacido en ella. /Los pensamientos de mi tierra nadie los puede pensar /si no tiene amor por ella. /Cernícalo milenario, vuela sobre el cielo de Canarias /y con el piar va diciendo: ¡ésta es mi patria!”.